

La influencia de la teoría de las pasiones de Hume en el juicio moral de Adam Smith

The influence of Hume's theory of passions in Adam Smith's account of moral judgment

Maria A. Carrasco¹

RESUMEN

El análisis de los sentimientos morales irregulares que Smith describe en TMS II.iii evidencia la gran influencia de la teoría de las pasiones de David Hume en la moral de su sucesor, así como las divergencias entre las teorías morales de ambos filósofos escoceses. Junto con ello, estas situaciones atípicas permiten también captar con claridad las distintas partes del juicio moral smithiano, y excluir – contradiciendo la afirmación del mismo Smith – la influencia de la suerte moral en este.

Palabras clave: Adam Smith, David Hume, juicio moral, pasiones, suerte moral.

ABSTRACT

The analysis of the irregular moral sentiments that Smith describes in TMS II.iii evidences the enormous influence of David Hume's theory of passions in the moral theory of his successor, as well as the critical differences between these Scottish philosophers' moral proposals. Moreover, these atypical situations also allow us to grasp the different parts of Smithian moral judgment, and to exclude – despite Smith's assertion – the influence of moral luck on these judgments.

Keywords: Adam Smith, David Hume, moral judgment, passions, moral luck.

Introducción

Adam Smith define la filosofía como "(...) la ciencia de los principios que conectan la naturaleza" (Smith, 1982b, p. 45), ya que ella es la que descubre los eslabones de esa "cadena invisible" que uniría los diversos objetos que se nos aparecen. La filosofía da explicaciones coherentes de la naturaleza suponiendo e identificando ciertos eventos intermedios que permiten que la imaginación pase suave y fácilmente entre apariencias disímiles (Smith, 1982b, p. 45). Toda su obra, incluida la *Teoría*

¹ Profesor Titular del Instituto de Filosofía - Pontificia Universidad Católica de Chile. Campus San Joaquín, Av. Vicuña Mackenna 4860, Macul, Santiago, Chile.
Email: mcarrasr@uc.cl.

de los *Sentimientos Morales* (TMS), busca dar cuenta de estos nexos invisibles que explican los fenómenos. Sin embargo, en la TMS se describe un fenómeno peculiar, un fenómeno que no se puede entender con las mismas reglas que rigen para el resto de la moral, y que Smith termina atribuyéndolo a la influencia de la fortuna en los sentimientos de mérito y demérito (TMS II.iii.1.7). Estos “sentimientos irregulares” que se describen en TMS II.iii han sido estudiados por diversos autores contemporáneos, que han llegado a conclusiones muy distintas respecto de la influencia de la suerte moral en el sentimentalismo de Smith.² En este artículo yo me alejaré de todas esas interpretaciones para postular que una comprensión exhaustiva del juicio moral en Smith permite darse cuenta – como hasta el momento no se ha destacado – de la profunda y determinante influencia de la teoría de las pasiones de Hume en la TMS, y de cómo a la luz de esta los supuestos “sentimientos irregulares” son perfectamente regulares.³ En otras palabras, de acuerdo con mi tesis, no es la fortuna sino David Hume quien mejor puede explicar esos eslabones invisibles de la cadena de eventos que dan forma al juicio moral en la TMS.

En TMS II.iii Smith dice que hay ocasiones en las que incluso si sabemos que no hay mala intención por parte de un agente, cuando vemos que daña accidentalmente a otro, igual lo reprochamos. Esta sería una irregularidad en los sentimientos morales pues todos conocemos y adherimos, al menos en abstracto, a la llamada “máxima equitativa”, que dice que toda aprobación o desaprobación de la acción corresponde a la intención del agente y no a sus consecuencias efectivas (TMS II.iii.introd.3-4). Algo similar sucede cuando elogiamos más a quien logra realizar una buena acción que a quien no lo consigue; cuando culpamos menos al que falla en la mala acción que quería hacer que al que efectivamente la hace, o cuando culpamos menos un descuido que no tiene secuelas que el mismo descuido pero esta vez con secuelas. Todos estos casos muestran una brecha entre la alabanza o el reproche que sabemos que merece el agente por la intención que lo movió (de acuerdo con la máxima equitativa), y la alabanza o reproche que se manifiesta en nuestros sentimientos. Lo inquietante de estas situaciones es que en ellas el espectador imparcial aprueba estos sentimientos irregulares, es decir, estas evaluaciones no son después corregidas en el proceso simpatético. Y, de acuerdo con la teoría de Smith, cuando el espectador imparcial aprueba ciertos sentimientos significa que esos son los sentimientos que la situación merece (TMS II.i.2.2).⁴

Pero, ¿cómo puede una situación merecer sentimientos opuestos a la justicia evidente de la máxima equitativa? O bien, formulando la misma pregunta de otro modo: ¿Cuál es la diferencia entre atribuir mérito o demérito en abstracto, y hacerlo en los casos concretos (cuando, según TMS II.iii.introd.5, la máxima equitativa no regularía el juicio)? Mi aproximación al tema, como ya anuncié, será a través de la teoría de las pasiones de Hume, y a través de ella demostraré que no es la fortuna la que nos hace sentir esos sentimientos que Smith piensa que son irregulares y no ve más opción que atribuirlos a la suerte.

El mecanismo

Inmediatamente después de presentar el problema, Smith explica la causa de esta irregularidad en los sentimientos describiendo lo que llama “el mecanismo por el cual la naturaleza los produce” (TMS II.iii.intro.6). En este contexto la palabra “mecanismo” es particularmente significativa debido a que esta es la única vez en que Smith la utiliza para describir algún proceso de nuestra psicología moral. De hecho, esta explicación evidencia, por única vez en la TMS, que para Smith el juicio moral debe ser en parte explicado por la teoría mecanicista de las pasiones de Hume.⁵

Efectivamente, en el *Tratado de la Naturaleza Humana* (THN) Hume señala que la aprobación y la desaprobación moral no son “más que amor y odio debilitados” (THN 3.3.5.1), y tanto el amor como el odio son pasiones indirectas que surgen de una doble relación de impresiones e ideas (THN 2.1.1.4). Hume detalla el mecanismo por el que estas pasiones surgen automáticamente en el pecho cada vez que alguien se nos vuelve agradable o desagradable, es decir, que nos provoca placer o dolor (THN 2.2.3.2; Hume, 2007b, p. 21). Afirma que la única condición necesaria para producir un afecto en un agente es presentarle algún bien o algún mal, algo placentero o doloroso (THN 2.3.9.1). Por ello, cuando alguien nos resulta agradable lo amamos automáticamente; y cuando alguien nos lastima, lo odiamos inevitablemente. De manera análoga, Smith dice que nuestra gratitud y resentimiento responden al placer y al dolor (TMS II.iii.1.1).⁶ A pesar de que el único objeto idóneo o apropiado para estas pasiones son los seres racionales, el placer y dolor siempre, necesariamente, provocan gratitud o resentimiento en quien los padece. Esta es la causa por la que cuando

² Russell (1999), Garrett (2005) y Hankins (2016) creen, junto a Smith, que en la TMS la suerte sí influye en los sentimientos morales. Flanders (2006), en cambio, tiene una postura más reticente.

³ Hay otros textos de Smith en los que resulta más clara su adhesión a la teoría de las pasiones de Hume. Por ejemplo, en la introducción y primeras secciones de la “Historia de la Astronomía” (1982b). En la TMS esa influencia está más velada.

⁴ Conviene recordar que el reproche moral en Smith procede del resentimiento y requiere que no compartamos los motivos del agresor, no basta con que el agresor sea quien causa el dolor (TMS II.i.3.2-3).

⁵ Hume termina su *Disertación sobre las Pasiones* diciendo: “Para la producción y la conducta de las pasiones existe cierto mecanismo regular, que es susceptible de ser estudiado con tanta precisión como las leyes del movimiento, de la óptica, la hidrostática, o cualquier rama de la filosofía natural” (Hume, 2007b, p. 29).

⁶ En “Historia de la Astronomía” también dice: “Sea lo que sea lo que produce placer, genera gratitud naturalmente” (Smith, 1982b, p. 49).

lo que provoca el dolor es un ser inanimado o irracional (por ejemplo, una piedra), no secundamos el “resentimiento animal” que surge y lo corregimos con rapidez. Sin embargo el primer movimiento afectivo, la aparición del sentimiento reactivo, es forzosa, debido a que su principal “causa excitante” – dice Smith – es el dolor (TMS II.iii.1.6). El “resentimiento animal” surge mecánicamente ante la sensación de dolor.

No obstante, cuando Smith describe al objeto idóneo para nuestra gratitud y resentimiento (entendiendo gratitud y resentimiento moral), junto con decir que la causa excitante principal de estos sentimientos es la sensación de placer o dolor en la víctima, agrega otras dos condiciones que llama “causas gratificantes”. Estas son, primero, que el agente sea también capaz de sentir placer o dolor; y segundo, que el placer o dolor que haya provocado lo haya hecho de manera deliberada. Finalmente, Smith agrega un último resorte a este mecanismo, y es que la tercera condición, “(...) como proporciona un placer o un dolor exquisito y peculiar a la vez, es también una causa excitante adicional de esas pasiones” (TMS II.iii.1.6). En otras palabras, el daño producido deliberadamente es una causa excitante secundaria que – según argumentaré – otorga una importante cualificación al resentimiento, de modo que si todo lo demás es igual, el daño intencional producirá más resentimiento que el causado por una piedra – lo que además ayuda a que sea más fácil corregir nuestra reacción contra la piedra.

Como se puede ver, esta es una explicación sumamente humeana de nuestros sentimientos. Tanto el surgimiento como la fuerza de estas pasiones obedecen a un proceso mecánico, automático e irreflexivo. Este aspecto de los juicios morales smithianos suele pasar desapercibido, excepto, quizás, para los autores que han discutido el tema de la suerte moral en la TMS. Aaron Garrett, por ejemplo, dice que Smith construyó su argumento sobre “la crudeza de nuestra psicología” y esto es lo que permite que se introduzca la suerte en los juicios de mérito y demérito (Garrett, 2005, p. 177). Paul Russell también se da cuenta de que la gratitud y el resentimiento surgen de los principios naturales del placer y el dolor, y que ellos operan con total independencia de la razón (Russell, 1999, p. 51). Claramente lo que ellos aquí llaman “psicología cruda” corresponde a la mecánica de las pasiones de Hume. Esta forma parte constitutiva de los juicios morales de Smith y explica por qué surgen los sentimientos reactivos. Al igual que su predecesor, Smith también estaría afirmando la existencia de “(...) una conexión natural entre la inquietud [o el desagrado] y la ira” (THN 2.2.3.6); una conexión necesaria e inevitable.⁷

Sin embargo, contradiciendo a los autores que a partir de este mecanismo postulan rápidamente la influencia de la

suerte en los juicios morales de Smith (en particular Garrett y Russell), quiero destacar que este mecanismo de activación de pasiones no se opone a la máxima equitativa. Esa máxima, como se evidencia en su misma formulación, se aplica a los juicios morales, que en la TMS son aquellos secundados por el espectador imparcial. El resentimiento animal o espontáneo, en cambio, es el primer movimiento afectivo que sucede en el agente, pero es solo el primer paso en el proceso de hacer juicios morales apropiados. Ese sentimiento reactivo no es todavía un juicio moral.

Responsabilidad y sentimientos morales

El mecanismo afectivo automático humeano es perfectamente compatible con la necesidad de corregir el resentimiento que surge espontáneamente cuando nos daña un objeto inanimado o bien cuando somos castigados (nos dañan por motivos apropiados).⁸ En TMS II.iii Smith llama “resentimiento animal” a esta primera reacción afectiva, probablemente apuntando a su espontaneidad e irracionalidad. En esos casos, cuando el espectador imparcial no puede secundarlo porque la causa del dolor no es el objeto propio del resentimiento moral, corregimos el sentimiento y ya. Así sucede en las situaciones típicas o regulares. Sin embargo, en TMS II.iii Smith analiza aquellos casos en que no corregimos el resentimiento animal provocado por un daño involuntario. La pregunta que surge es por qué el espectador imparcial aprueba ese resentimiento sabiendo que el agente no tuvo la intención de dañar. Por qué lo avala si se opone frontalmente a la máxima equitativa.

La comparación de estos pasajes con la teoría moral de Hume ayuda nuevamente a comprender, aunque esta vez a modo de contraste más que de continuidad. En la teoría de Hume los juicios morales responden al placer o al dolor que las disposiciones mentales permanentes de los agentes producen en ellos mismos o en los otros afectados (Hume, 1998, p. 145). Para garantizar la imparcialidad, la evaluación debe hacerse desde un punto de vista común. Esta es la “perspectiva moral” en la ética de Hume, que corrige diversos errores que se cometen cuando se juzga desde las perspectivas particulares y parciales (THN 3.3.1). Una de esas correcciones se relaciona precisamente con las consecuencias efectivas de la acción que, en la teoría de Smith, son las que causan los sentimientos irregulares. Para Hume esto es completamente diferente. Afirma que, como los juicios morales evalúan las

⁷ En THN 2.2.3.6-9 Hume dice que “(...) al margen de nuestra opinión acerca de la maldad, cualquier daño o molestia tiene una tendencia clara a provocar nuestro odio”; y agrega: “No es la idea de injuria la que produce la pasión, sino que ella surge de la pasión”. En Smith es similar. Schliesser explica: “Nuestra naturaleza pasional no está constituida para discriminar apropiadamente entre causas voluntarias e involuntarias de daños que sean muy parecidas” (Schliesser, 2017, p. 123). De acuerdo con mi interpretación, esto solo es correcto si se entiende la naturaleza pasional “por sí sola”. Efectivamente nuestra primera reacción, solo pasional, no discrimina.

⁸ Hume también explica esta corrección de los sentimientos espontáneos. Dice que tras sufrir un daño, incluso involuntario o accidental, sentimos ira inmediatamente, “(...) sin embargo, como la mayor parte del daño es el desprecio que el agente muestra por mí, tras comprobar que en estos casos no se da esa condición, la fuerza de la pasión disminuye” (THN 2.2.3.5).

disposiciones mentales permanentes de un agente, cuando los efectos de una acción no manifiestan esas disposiciones se debe corregir el juicio (Taylor, 2015, p. 110). En otras palabras, la regla general prevalece (THN 2.1.6.8).⁹ Si accidentalmente una persona virtuosa daña a otra, esa persona no debe ser reprochada. En consecuencia, y aunque la analogía no es perfecta, la ética de Hume sí respetaría la máxima equitativa.¹⁰ Para él, en contraste con la tesis de Smith respecto de la influencia de los efectos reales en los juicios particulares, toda aprobación y desaprobación pertenece a las disposiciones del corazón y la gente solo es responsable de las consecuencias producidas por esas disposiciones.

Smith, quien funda la primera reacción afectiva desde la que se construye el juicio moral en la teoría de las pasiones de Hume, no sigue a su predecesor en esta corrección de sentimientos.¹¹ Esta diferencia muestra que estos dos autores sentimentalistas tienen una comprensión diferente de la responsabilidad moral, o de aquello que merece alabanza o reproche. Hume adhiere claramente a lo que últimamente se ha llamado “responsabilidad como atribución” (Driver, 2015, p. 158). Gary Watson, quien introdujo el término, dice que esta es la “cara aretaica” de la responsabilidad, donde las evaluaciones se refieren a las virtudes y vicios del agente tal como se manifiestan en el pensamiento y la acción (Watson 2004, p. 263). Estas apreciaciones manifiestan “(...) la orientación evaluativa fundamental del individuo” (Watson, 2004, p. 271), por lo que la única condición para ser elogiado o reprochado en este sentido es la posesión de las disposiciones correspondientes.

Smith no rechaza este tipo de responsabilidad. Su ética es también una ética de virtudes y evalúa a la gente por su carácter, por sus vicios y virtudes (ver TMS VI¹²). Sin embargo, para Smith, el aspecto aretaico no agota la responsabilidad moral, y deja espacio en su teoría para la otra cara de la responsabilidad que Watson identifica: la responsabilidad como dar cuentas (Watson, 2004, p. 273).

De acuerdo con este segundo tipo, responsabilizar a alguien no se reduce a un asunto de las disposiciones internas de la persona y la expresión de su yo profundo. Responsabilizar a alguien remite a un entorno social en el que un sujeto exige cierta conducta de otro y responde negativamente ante su in-

cumplimiento (Watson, 2004, p. 262). Las personas se piden cuentas mutuamente, y este pedir cuentas conlleva la existencia de demandas recíprocas, y en consecuencia también de sanciones (recompensas y castigos). Por lo tanto, en este tipo de responsabilidad, podemos reconocer si alguien es culpable por las actitudes reactivas de la otra gente. El demérito moral se hace evidente cuando las actitudes reactivas de los otros, tales como la indignación, el resentimiento o la desaprobación, están justificadas. En consecuencia, los dos elementos centrales que sirven para definir la responsabilidad como dar cuentas son, primero, la interpersonalidad y, segundo, las sanciones justificadas. De ahí que no sea sorprendente que Adam Smith, quien propone “la más sagrada y necesaria ley de la retaliación” como un principio innato de moralidad (TMS II.i.2.5), reconozca también este segundo tipo de responsabilidad moral.¹³

Según dice Smith, “(...) los seres humanos son seres que rinden cuentas” (TMS III.1.5), ante Dios y ante sus semejantes, representados por el espectador imparcial. También son seres que se imponen exigencias mutuas: nos exigimos respeto, esto es, nunca tratar a un igual como si fuera un inferior (TMS III.3.6). Ningún espectador aprueba el amor propio de un agente que se prefiere tanto a sí mismo sobre los demás, que es capaz de lastimarlos en beneficio propio (TMS II.ii.2.1). Ningún espectador puede simpatizar o aprobar esos motivos o esas acciones sabiendo que el agresor es, en todos los aspectos, tan bueno o malo como la víctima. Antes bien, el espectador simpatiza con el resentimiento de la víctima y aprueba castigar al agresor para que se dé cuenta de que dañó a otro que era un igual. En suma, en la TMS, el resentimiento animal (que procede de la sensación de dolor de la víctima) es el “gatillante” del pedir cuentas. Y el castigo sería su consumación, puesto que su fin principal – dice Smith – es devolver al agresor un sentido más justo de lo que se debe a otras personas (TMS II.iii.1.5).

Estos dos diversos tipos de responsabilidad moral muestran que las teorías morales de David Hume y Adam Smith tienen objetos (al menos parcialmente) distintos, y que la irregularidad de los sentimientos descritos en TMS II.iii ocurre en la esfera de la responsabilidad como dar cuentas (lo que explica que no se encuentre la misma irregularidad en Hume).

⁹ Smith repite esa máxima al hablar de la propiedad (TMS I.i.3.4), pero no cuando habla de mérito.

¹⁰ Se podría pensar en la “intención” de Smith como una “disposición mental”, y la corrección a la que se somete el juicio en el proceso simpatético como la corrección humeana que se realiza al ubicarse desde la perspectiva general. En este sentido se podría hablar de cierta analogía.

¹¹ De hecho, en los casos en que los agentes tienen las disposiciones permanentes pero de ellas no se siguen consecuencias efectivas, Smith dice: “Te estimamos y te amamos, pero no te debemos nada” (TMS II.iii.3.3). Esto es, no hay razón para aprobar ni para premiar, para estar agradecido, para sentirse en deuda. En esto se opone totalmente a lo que plantea Hume.

¹² La parte VI de la TMS muestra que esta teoría también evalúa el carácter, y Smith allí sigue a Hume dividiendo las virtudes entre las que hacen feliz al agente y las que hacen feliz a los demás (aunque agrega un tercer grupo: *el self-command*). Es interesante que en TMS VI.iii.30 vuelve hablar de la influencia de la fortuna en los sentimientos morales, y se aleja de Hume en el sentido de que las disposiciones permanentes no bastan para la aprobación moral de un agente.

¹³ Este es el tipo de responsabilidad envuelto en los juicios smitheanos de mérito y demérito. “Dar cuentas” implica una relación triádica: Un individuo pide cuentas a otro por cumplir con ciertas expectativas o demandas. Hay dos individuos y una demanda. Por lo mismo, esta responsabilidad implica cuestiones de autoridad para imponer demandas a otros, y de justicia de las sanciones. Según Watson, se relaciona con la justicia retributiva y compensatoria.

Sin embargo, Smith señala con claridad que las personas solo deben hacerse responsables de los efectos intencionados de sus acciones, por lo que solo podrá ser objeto apropiado del resentimiento, y por tanto de la culpa y el castigo, aquel que daña intencionalmente a otro. Aunque el sentimiento reactivo inicial – o el resentimiento animal – se produzca automáticamente por el dolor, en el curso del proceso simpatético el espectador imparcial corrige los sentimientos que no están justificados. El problema es que los sentimientos irregulares que describe Smith en TMS II.iii son aquellos que a primera vista deberían ser corregidos, pero que sin embargo el espectador imparcial aprueba. ¿Significa esto que en algunas ocasiones somos responsables de las consecuencias involuntarias de nuestras acciones¹⁴? ¿Será la fortuna o suerte moral – como dice Smith – la que en ocasiones rompe con la lógica de los sentimientos morales, o será más bien que la “cadena invisible” que explica el fenómeno moral no ha sido todavía completamente revelada?

Tres situaciones atípicas

Es poco probable que Smith, quien fue tan cuidadoso en distinguir la causa eficiente y final de la justicia (TMS II.ii.3.5), las confundiera al tratar este otro tema. Por eso no hay que creer, como hacen algunos autores, que al destacar las ventajas prácticas que de hecho se siguen de esta irregularidad de sentimientos (TMS II.iii.3) Smith esté apuntando a su causa eficiente. Smith solo muestra que estas ventajas son un efecto (no intencionado, además) de esa irregularidad.¹⁵ Por otro lado, si estaba familiarizado con la distinción entre causa eficiente y final, ciertamente también conocía la diferencia entre la causa formal (o inteligible) y la causa material de una acción. En un acto de injusticia, por ejemplo, o una agresión que merece resentimiento y castigo, la causa formal es la intención del agente de lastimar a la víctima y la causa material es el movimiento externo del cuerpo del agente que provoca dolor en la víctima, como un golpe. Dado que la causa formal es la que define la naturaleza de una acción, todos lógicamente suscribimos la máxima equitativa (y esto explica que nos parezca autoevidente, como señala Smith en TMS II.iii.introd.4). Sin embargo, como la causa material también es parte constitutiva de la agresión, y el “dolor” es la causa principal del resentimiento espontáneo, que a su vez es

la primera señal de la posible existencia de una mala intención, la concurrencia de la causa material es imprescindible para que pueda existir una injusticia plena (y un resentimiento y castigo merecidos). De acuerdo con la tesis que postulo, estas son las únicas distinciones que se requieren para entender la supuesta irregularidad de los sentimientos reactivos que Smith describe en la TMS respecto del daño involuntario, la injusticia fallida y el daño involuntario pero negligente. Estas – junto a sus respectivos casos positivos – son las tres situaciones en las que Smith plantea que se daría una irregularidad en nuestros sentimientos morales. Sin embargo, en lo que sigue, me opondré a las palabras del mismo autor mostrando por qué estos sentimientos son perfectamente regulares.

Respecto del daño que se provoca de manera involuntaria, como la acción no posee la causa formal de la injusticia (la mala intención), no puede haber demérito. Esta es la razón por la que Smith, quien en otras ocasiones habla de un demérito disminuido, incompleto o imperfecto, en este caso se refiere a “una sombra de demérito” (TMS II.iii.1.7). La sombra es, por definición, diferente de la sustancia. Es algo relacionado, dependiente, similar, pero diferente y, también por razones prácticas, muy importante de distinguir (Flanders, 2006, p. 211).¹⁶ Siempre que hay demérito real, el espectador imparcial secunda el resentimiento de la víctima y su disposición al castigo, ya que esa inclinación justificada es, como señalé en la sección anterior, el sello propio de la responsabilidad como dar cuentas. En los casos de daño involuntario el sentimiento reactivo no es igual. Smith dice que las víctimas y los espectadores sienten un resentimiento “animal”, “injusto” o “transitorio”. Estos adjetivos sugieren la reacción espontánea provocada automáticamente por el dolor a través del mecanismo de activación de las pasiones, no el resentimiento provocado por la injusticia. En otras palabras, el resentimiento animal o, más precisamente, el “resentimiento-solo-animal”, no es indicador de culpa ni exige al agente dar cuentas de lo que sucedió. Este sentimiento reactivo, tan similar como pueda ser al otro, no es propiamente moral, y en consecuencia no es un sentimiento irregular. No hay deseo de castigar a nadie porque nadie nos ha desconsiderado (TMS II.iii.1.5), nadie nos ha tratado como si fuéramos un inferior.¹⁷

La segunda situación atípica que describe Smith es la injusticia fallida, es decir, cuando un agresor tiene la intención de lastimar a alguien pero por razones contingentes falla y no

¹⁴ Esta es la tesis que sostiene Hankins (2016).

¹⁵ Me opongo en esto a Russell (1999) y a Hankins (2016), que afirman que las ventajas consecuencialistas sí son, en distintos grados, una justificación para los sentimientos irregulares. La sección en cuestión se denomina “De la causa final de esta irregularidad de los sentimientos”. Haciendo el paralelo con TMS II.ii.3.5, tal vez la “sabiduría de la naturaleza” tiene en vistas estas ventajas al diseñar la irregularidad de nuestras reacciones afectivas, pero nosotros, agentes y pacientes de estos sentimientos, no nos movemos por ellas.

¹⁶ Así como es muy distinto chocar con la sombra de una roca o chocar con la roca, es muy distinto también tener demérito o solo su sombra, pues en un caso se merece resentimiento y castigo, y en el otro no. Llama la atención la similitud de esta analogía con la que usa Rachel Cohon para explicar la importancia del punto de vista general en Hume (Cohon, 2008, pp. 147ss). Nuevamente aquí la teoría de las pasiones hace mucho más inteligible estos pasajes.

¹⁷ El resentimiento animal (reacción afectiva inmediata) es igual en casos de daño involuntario y daño intencional, pues corresponde al sentimiento automático producido por el mecanismo pasional humano. Luego se entra en el proceso simpatético, y si el espectador imparcial no aprueba este resentimiento, lo corregimos (TMS II.iii.1.1).

provoca dolor a la víctima. Si el espectador imparcial conoce el plan, siente resentimiento – dice Smith – pero menos del que sentiría si el plan hubiera tenido éxito (TMS II.iii.2.4). ¿Y no es este acaso un sentimiento irregular, si la intención del que falla y del que no falla es exactamente la misma y el demérito – de acuerdo con la máxima equitativa – depende de la intención? Hay que notar, en primer lugar, que esta vez Smith no habla de una “sombra” sino de demérito “incompleto” e “imperfecto”. Esto significa que sí hay verdadero “demérito”, hay responsabilidad moral que, a pesar de no ser evidente, responde a la causa formal de la acción (la intención). Solo falta la causa material. Este es un caso atípico muy interesante porque, por un lado, confirma que la causa excitante principal del resentimiento es el dolor; y por el otro, también confirma que la intención o el diseño es también una causa excitante del sentimiento reactivo, aunque sea secundaria y menor. La presencia de esta segunda causa excitante explica por qué hay un resto de resentimiento moral contra el agente de la injusticia fallida. Pero todavía más interesante: La intención o diseño, que solo se conoce a través del proceso simpatético, es lo que convierte el resentimiento animal (producido automáticamente por el dolor) en resentimiento moral (aprobado por el espectador imparcial). Este es un punto en el que la teoría moral de Smith ya se aparta totalmente de Hume. ¿Y es este un sentimiento irregular? Realmente no. El objeto propio del resentimiento moral y del castigo es el agente que intenciona y causa un daño positivo a un igual (TMS II.ii.1.5). Y en la injusticia fallida hay maldad, pero no hay injusticia plena.

La tercera situación atípica que describe Smith es cuando el agente causa daño a la víctima, pero esta vez no por mala intención sino por descuido o negligencia. Smith nota que no nos molestamos del mismo modo o con la misma intensidad con otro agente que incurre en la misma negligencia pero (por mera fortuna) no lastima a nadie. Es la misma intención pero un juicio moral distinto. Ya sabemos, por los casos anteriores, que esto se explica por la presencia o ausencia de la causa excitante principal del resentimiento, es decir, el dolor. Este caso, sin embargo, difiere del daño totalmente involuntario en que a pesar de que el agente negligente tampoco intenciona lastimar a la víctima, su descuido sugiere que no está tan preocupado o atento a la felicidad de la víctima como a la suya propia. En este sentido, al menos, no trata a los demás como a iguales, y su acción conlleva un dejo de injusticia que los otros perciben y reaccionan. Esta es la razón por la que, si percibimos la negligencia, responsabilizamos al agente por esa acción y el espectador imparcial aprueba el castigo, o bien, si el resentimiento es leve, algún tipo de compensación (TMS II.iii.2.9). Hay demérito, pero es imperfecto e incompleto.

Estas tres situaciones atípicas revelan interesantes aspectos de los juicios morales en Smith. En primer lugar, las actitudes reactivas morales en la TMS – entendidas como juicios de mérito y demérito o los sentimientos reactivos avalados por el espectador

imparcial – tienen por causa eficiente a una acción en la que se puede distinguir materia y forma, y ambos componentes son imprescindibles para realizar un juicio de mérito pleno. En segundo lugar, cada componente de esta acción tiene una función diferente. La materia, o el movimiento externo que provoca dolor, produce una pasión en la víctima a través de un mecanismo de activación de pasiones que compartimos con los animales irracionales. Este es el mismo mecanismo que Hume describe en el segundo libro del *Tratado de la Naturaleza Humana*. Esa pasión espontánea (resentimiento espontáneo) no es, en sí misma, moral; pero el dolor sí es la causa excitante principal de los juicios morales porque nos empuja a entrar en un proceso simpatético en el que el espectador imparcial apoyará o no, y si corresponde moderará, esos sentimientos brutos. El dolor es la señal de que tal vez hubo mala intención por parte del agente, y el proceso simpatético es el modo que tenemos para descubrirlo.

Luego, en tercer lugar, estas situaciones atípicas iluminan la diferencia que existe entre los sentimientos espontáneos y los morales en la teoría de Smith. Los sentimientos espontáneos responden al placer y al dolor, mientras que los morales responden, primariamente, a la intención. La diferencia fenomenológica entre estos dos tipos de sentimientos es la demanda justificada de sanción. Por eso, cuando la causa formal de la injusticia no está presente (cuando no hay mala intención), podrá surgir un resentimiento animal transitorio pero no un juicio de demérito ni una demanda de represalia. Finalmente, en cuarto lugar, estas situaciones muestran que en el sentimentalismo de Smith la “cualidad moral” de la acción deriva exclusivamente de la causa formal, o la intención, conocida en el proceso simpatético. Y esto es precisamente lo que dice la máxima equitativa (TMS II.iii.introd.3). Aunque la máxima no aclara que cuando no existe una manifestación material de la intención (cuando, por ejemplo, no hay dolor en la víctima que induzca a atender a los propósitos del agente), no hay señales que empujen a iniciar un proceso simpatético ni a realizar juicios morales. Por eso, al contrario de lo que dice Russell, una vez que distinguimos entre sentimientos espontáneos y morales, como ya necesariamente lo hacemos en nuestras actitudes reactivas con o sin el impulso justificado al castigo, nos damos cuenta de que la teoría de Smith mantiene nuestras actitudes y prácticas retributivas dentro de los límites de los requisitos de la justicia (Russell, 1999, p. 46).¹⁸ En otras palabras, solo exigimos asumir su responsabilidad y solicitamos reparación de aquellos agentes que tuvieron la intención de perjudicar a alguien o permitieron negligentemente los daños.

La teoría de las pasiones de Hume

Siendo un filósofo sentimentalista, el único modo de comprender cabalmente los juicios morales en Smith es co-

¹⁸ Hankins retoma el tema y lo soluciona separando los juicios de mérito y de propiedad en Smith, señalando que no sería necesario que el juicio de mérito (y por tanto de justicia) incluyera uno de propiedad (2016, p. 732).

nociendo su visión acerca de la dinámica de las pasiones. Y estas situaciones atípicas muestran que Smith, quien no sigue a Hume en su teoría moral, lo sigue muy de cerca en su teoría de las pasiones. Algunas características de esa teoría que ayudan a aclarar aspectos de la explicación del juicio moral de Smith son, por ejemplo, que Hume afirma que “(...) las pasiones a menudo varían en razón de principios sin importancia” (THN 2.1.6.9) y que, a diferencia de las ideas, se mezclan y se funden entre ellas. Asimismo, si hay dos pasiones presentes al mismo tiempo, “(...) se trasfunden naturalmente entre sí” (THN 2.3.4.4), y la pasión predominante “(...) se traga a la inferior y la convierte en sí misma” (THN 2.3.4.2).

En segundo lugar, las pasiones se asocian siguiendo patrones regulares. Las dos reglas de asociación entre pasiones que Hume identifica son las de (a) semejanza, que significa que como todas las pasiones similares están conectadas, cuando aparece una las demás la siguen (THN 2.1.4.3); y (b) la misma dirección o tendencia, que significa que cuando hay pasiones distintas pero que están asistidas por el deseo del mismo objeto, esas pasiones también se unen entre ellas (THN 2.2.9.12).

Asimismo, Hume expone diferentes circunstancias que aumentan o reducen la fuerza de las pasiones, como puede ser la oposición externa o interna, la incertidumbre, la costumbre, etc. (THN 2.3.4). La fuerza de la pasión es importante porque la predominante se traga a las demás, y porque cuando aparece una pasión fuerte se difunde por todo el compuesto y lo tiñe de sí (THN 2.3.9.19). Hume también dice que las pasiones son como los instrumentos de cuerda, “(...) donde después de cada golpe las vibraciones aún retienen algo de sonido, que se desvanece de manera gradual e insensiblemente. La imaginación es extremadamente rápida y ágil; pero las pasiones son lentas y obstinadas. ... [Así,] una pasión siempre se mezclará y confundirá con la que la sigue” (THN 2.3.9.12). Esto significa que ellas no solo influyen en otras pasiones simultáneas sino que también en las que siguen en el tiempo.

Ahora bien, si analizamos las situaciones atípicas de Smith a la luz de esta teoría de las pasiones, podemos constatar que los sentimientos espontáneos son algunas veces extremadamente similares a los sentimientos morales. En consecuencia, y debido a las reglas de asociación, comprendemos que el resentimiento animal “llama” – por así decir – al resentimiento moral. Esta es la razón por la que el resentimiento animal desencadena el proceso simpatético, en el cual el espectador imparcial debe determinar si el agresor es o no es un objeto apropiado para su resentimiento. Si lo fuera, es decir si en el proceso simpatético se descubre que el agresor es un ser racional que actuó intencionalmente, aparece el resentimiento moral. Y entonces, teniendo ahora dos sentimientos

simultáneos, el más fuerte, que en este caso el resentimiento moral porque es una pasión tranquila,¹⁹ se traga al otro.

La teoría de las pasiones de Hume también explica por qué adherimos con tanta claridad a la máxima equitativa en abstracto, pero no en los casos particulares cuando las consecuencias reales afectan nuestros sentimientos (TMS II.iii.introd.6). Hume dice que la imaginación y el afecto están estrechamente ligados, de modo que todo lo que afecta a uno afecta también al otro. Por eso, cuando nuestras ideas de placer y dolor se vuelven más vívidas, nuestras pasiones se vuelven más violentas (THN 2.3.6.1). Eso explica que el dolor nos afecte mucho más cuando nos formamos una idea particular y determinada de él, y nos afecta menos cuando su idea es más general y universal (THN 2.3.6.2), o dicho con la terminología propia de Hume, explica por qué la mera *idea* de dolor influye mucho menos en la imaginación (y por lo tanto en la intensidad de la pasión reactiva) que la *impresión* de dolor. Esta es la razón – o el eslabón perdido de la “cadena invisible” – por la que las consecuencias reales de una acción afectan nuestros sentimientos, pues solo en las situaciones reales y concretas tenemos *impresiones* de dolor; que son las que pueden provocar el resentimiento animal y gatillar un proceso simpatético. En abstracto solo tenemos la *idea* de dolor, y ella es demasiado débil como para provocar el resentimiento animal.²⁰ De este modo se comprende por qué nuestra reacción espontánea ante un dolor particular y concreto (i.e. experimentado tanto en primera persona como simpatéticamente) y un dolor “en abstracto” (solo pensado) son distintas.

La teoría de las pasiones de Hume también aclara por qué, en estas situaciones atípicas, la actitud reactiva hacia uno mismo es más intensa que la de los espectadores (TMS II.iii.3.4-6). En el caso del daño involuntario, por ejemplo, como no hay injusticia, tras el primer movimiento afectivo espontáneo, la víctima y el espectador imparcial descartan que haya responsabilidad moral y por tanto exigencia de castigo. El resentimiento animal, como el sonido de un instrumento de cuerda, tiende a desvanecerse cuando no hay otras pasiones que lo apoyen. Para el agente, sin embargo, el sentimiento reactivo hacia sí mismo, aun sabiéndose inocente, es tan fuerte que sigue sintiendo cierta culpa e inclinación a disculparse y compensar a la víctima (que es el correlato en el agente a la exigencia de castigo). Para comprender esta asimetría debemos primero notar que Smith lo llama “sentimiento de culpa falso”, donde el agente “se siente expiatorio, mas no culpable” (TMS II.iii.3.5). En consecuencia, moralmente, no se justifican sanciones ni demandas de compensación.²¹ ¿Pero por qué la culpa falsa es tan fuerte y tan difícil de olvidar? Una razón fenomenológica para ello, es que aunque yo sé que el demérito pertenece a la intención y yo soy inocente del daño, cuando *mi cuerpo* es el instrumento o la causa material del dolor del

¹⁹ La diferencia entre pasiones tranquilas y violentas, en THN 2.3.3.

²⁰ Smith alude al mismo fenómeno cuando señala: “El objeto de la imaginación es lo inmediato. Los efectos inmediatos son los que nos atraen, no los lejanos” (TMS I.ii.3.4).

²¹ No hay inclinación al castigo justificado (el “sello” de la responsabilidad como dar cuentas). La inclinación a la compensación es la actitud hacia uno mismo que corresponde al castigo cuando se cometen injusticias (Wolf, 2001, p. 12).

otro, me es imposible desentenderme completamente de él. Es irracional sentirse culpable, pero mi cuerpo es tan “yo misma” que no puedo concebirlo como algo radicalmente separado. Cuando es otro el agresor involuntario, tengo la distancia necesaria para distinguir su cuerpo de su intención, y no lo culpo ni lo castigo. Pero cuando soy yo, no tengo la distancia para desdoblarme y ver a mi cuerpo como algo separado que provocó la tragedia. Esta explicación va de la mano con la teoría de las pasiones de Hume, que señalaría que la *impresión* que el daño que provoqué deja en mí (por estar mi cuerpo involucrado) es mucho más vívida y determinada que la que deja en los demás; y como la fuerza de la pasión depende de la fuerza de la *impresión*, se sigue que en mí la pasión es más intensa. A esto se puede todavía agregar que, de acuerdo con Hume, todo lo que se relacione con uno mismo será siempre especialmente importante por la vívida presencia que tenemos permanentemente del yo (Hume, 2007b, p. 21). Sin duda mi cuerpo está estrechísimamente relacionado conmigo, por lo que todo lo que le suceda a él será experimentado de manera particularmente vívida, pues mientras más fuerte es la conexión, más fuerte será la pasión (Hume, 2007b, p. 8).²²

Sobre el sentimiento reactivo hacia uno mismo en la injusticia fallida, Smith dice que “(...) aunque sus manos son inocentes, [el agente] es consciente de que su corazón es tan culpable como si realmente hubiera ejecutado [el plan. ...Sin embargo,] todavía se considera a sí mismo como menos merecedor de castigo y resentimiento; y esta buena fortuna disminuye o elimina por completo todo sentimiento de culpa” (TMS II.iii.2.5). Sabemos que la culpa es la actitud reactiva provocada por un daño intencional impropio que infligimos a un igual, cuya causa formal es la mala intención y la causa material es el movimiento físico que causa el dolor. El dolor, a su vez, causa el resentimiento animal de la víctima y espectadores, que los impulsa a entrar en un proceso simpatético en que el espectador imparcial finalmente sentenciará el grado de resentimiento moral apropiado. En la injusticia fallida, solo está la causa formal de la agresión, por lo que no se justifica ni resentimiento moral pleno ni castigo. Pero la causa secundaria del resentimiento sí está, y como ella provoca resentimiento moral (no animal), se justifica algo de este. Esta pasión, sin embargo, sin la ayuda del resentimiento animal, no tiene fuerza para persistir en el tiempo. Análogamente, el agresor sentirá algo de culpa, pero si ella no es asistida por el resentimiento de los espectadores, el dolor de la víctima, el miedo al castigo u otras impresiones, tal como el sonido del instrumento de cuerda, desaparecerá de a poco.²³

Conclusión

En definitiva, un análisis cuidadoso de las situaciones atípicas que describe Smith en la TMS muestra que en su teoría

no hay sentimientos morales irregulares, aunque él así lo haya dicho, y por lo tanto no hay influencia de la suerte moral en nuestros juicios. Pero mucho más importante que este hallazgo, es la potente luz que estos casos especiales arrojan sobre la estructura del juicio moral smithiano, y permiten discernir sus distintos elementos y comprobar la ambivalente relación del Smith con su predecesor, el también sentimentalista David Hume. En efecto, por un lado la teoría moral de Smith evidencia una profunda dependencia de la teoría de las pasiones de Hume, y por el otro lado se evidencia una radical divergencia respecto de la ética de su antecesor.

De acuerdo con lo que TMS II.iii nos ha permitido descubrir, el juicio moral en Smith está compuesto de dos partes – o dos fases – que tienen sus propias dinámicas y reaccionan ante objetos distintos. La primera parte es la pasión espontánea que reacciona ante (o es gatillada por) un bien o mal sensible, y que se explica íntegramente con la mecánica de las pasiones de Hume. En un juicio de demérito, por ejemplo, ese mal es el dolor que hace que automáticamente surja el resentimiento animal. Este no es un sentimiento moral, y de hecho se distingue de aquel en que no incluye una demanda justificada de castigo (ningún espectador simpatizaría con ese resentimiento, como lo aclara Smith en TMS I.i.1.7). No obstante, sí es el primer paso para forjar la aprobación o desaprobación moral. Dado nuestro horizonte cognoscitivo, incluyendo nuestra incapacidad de conocer las intenciones de los agentes si estas no se manifiestan exteriormente (en la palabra o la acción), requerimos la percepción del dolor como señal de la mala intención del agresor. Sin embargo, como insiste Smith en TMS II.iii, no todo daño o beneficio es provocado intencionalmente por un agente, lo que significa que esta primera fase no es suficiente para emitir el juicio moral.

La segunda fase (o segundo elemento) que compone el juicio moral es el proceso simpatético, es el momento de identificación, de entrar en el pecho o ponerse en los zapatos del agente para conocer su intención (TMS I.i.1-4). La “simpatía” de Smith es, como lo han visto ya varios expertos, muy distinta a la de Hume (Fleischacker, 2012; Carrasco, 2014), y por ello tanto la estructura del juicio como sus nociones de responsabilidad moral divergen con claridad. En el proceso simpatético, tras descubrir la intención, el espectador imparcial podrá finalmente emitir un juicio propiamente moral. Hay que recordar que en las éticas sentimentalistas el juicio moral corresponde al sentimiento de desaprobación o el que aquí he llamado “resentimiento moral”. Como resultado del proceso simpatético el espectador imparcial avalará o no avalará, y si corresponde moderará, el resentimiento animal que lo empujó a identificarse con los agentes de la acción. De este modo se comprende con mayor profundidad cuando Smith señala que el juicio certero, o la medida precisa de la virtud, solo se

²² Por otro lado, lo que pasa con el propio cuerpo también pasaría (en grados) con “mi hijo” o “mi perro” que provoca un daño.

²³ En “Historia de la Astronomía” Smith repite el principio humeano: “Estos sentimientos, como todos los que responden al mismo objeto, se apoyan y avivan mutuamente” (Smith, 1982b, p. 34). En el caso de la injusticia fallida, se podría también agregar que falta la condición de “publicidad” humeana para hacer más fuerte la autocondena (THN 2.2.6.6).

encuentra en los sentimientos simpatéticos del espectador imparcial bien informado (TMS VII.ii.1.49).

Referencias

- CARRASCO, M. A. 2014. Reinterpretación del espectador imparcial: Impersonalidad utilitarista o respeto a la dignidad. *Crítica. Revista hispanoamericana de filosofía*, **46**(137): 61-84.
- COHON, R. 2008. *Hume's Morality. Feeling and Fabrication*. Oxford, Oxford University Press.
- DRIVER, J. 2015. Appraisability, Attributability and Moral Agency. In: R. CLARKE; M. McKENNA; A. SMITH (eds.), *The Nature of Moral Responsibility. New Essays*. Oxford, Oxford University Press, p. 157-174.
- FLANDERS, Ch. 2006. The Irregularity of Sentiment. Adam Smith on Moral Luck. In: L. MONTES; E. SCHLIESSER (eds.), *New Voices on Adam Smith*. New York, Routledge, p. 193-217.
- FLEISCHACKER, S. 2012. Sympathy in Hume and Smith: A Contrast, Critique and Reconstruction. In: C. FRICKE; D. FOLLESDAL (eds.), *Intersubjectivity and Objectivity in Adam Smith and Husserl*. Alemania: Ontos, p. 273-311.
- GARRET, A. 2005. Adam Smith über den Zufall als moralisches Problem. In: C. FRICKE (ed.), *Adam Smith als Moralphilosoph*. Alemania: De Gruyter, p. 170-177.
- HANKINS, K. 2016. Adam Smith's Intriguing Solution to the Problem of Moral Luck. *Ethics*, **126**(3): 711-746.
- HUME, D. 1998. *An Enquiry Concerning the Principles of Morals*. T. BEAUCHAMP (ed.). Oxford, Oxford University Press.
- HUME, D. 2007a. *A Treatise of Human Nature*. D. F. NORTON; M. NORTON (eds.). Oxford, Oxford University Press.
- HUME, D. 2007b. *A Dissertation on the passions and the natural history of religion*. T. BEAUCHAMP (ed.). Oxford, Clarendon Press.
- RUSSELL, P. 1999. Smith on Moral Sentiment and Moral Luck. *History of Philosophy Quarterly*, **16**(1): 37-58.
- SCHLIESSER, E. 2017. *Adam Smith: Systematic Philosopher and Public Thinker*. Oxford, Oxford University Press.
- SMITH, A. 1982a. *The Theory of Moral Sentiments*. D. D. RA-PHAEL; A. L. MACFIE (eds.). Indianapolis: Liberty Fund.
- SMITH, A. 1982b. The History of Astronomy. W. L. D. WIGHTMAN (ed.). *Essays on Philosophical Subjects*. Indianapolis, Liberty Fund.
- TAYLOR, J. 2015. *Reflecting Subjects. Passions, Sympathy and Society in Hume's Philosophy*. Oxford, Oxford University Press.
- WATSON, G. 2004. Two Faces of Responsibility. In: G. WATSON, *Agency and Answerability. Selected Essays*. Oxford: Oxford University Press, p. 260-290.
- WOLF, S. 2001. The Moral of Moral Luck. *Philosophical Exchange*, **31**(1): 4-19.

Submetido em 21 de agosto de 2019.

Aceito em 01 de novembro de 2019.